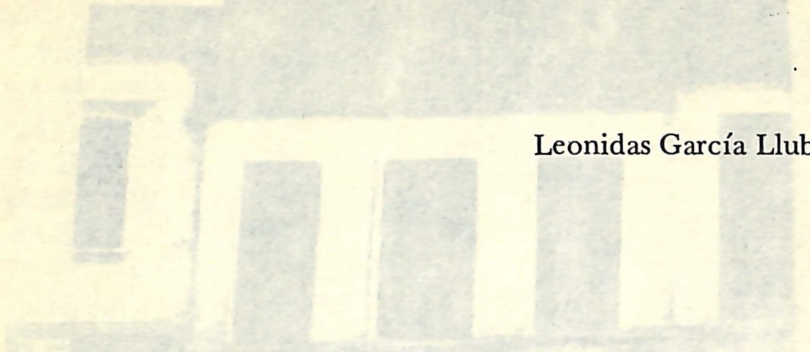


VIDA DEL ILUSTRE
JUAN PABLO DUARTE
FUNDADOR DE LA REPUBLICA DOMINICANA

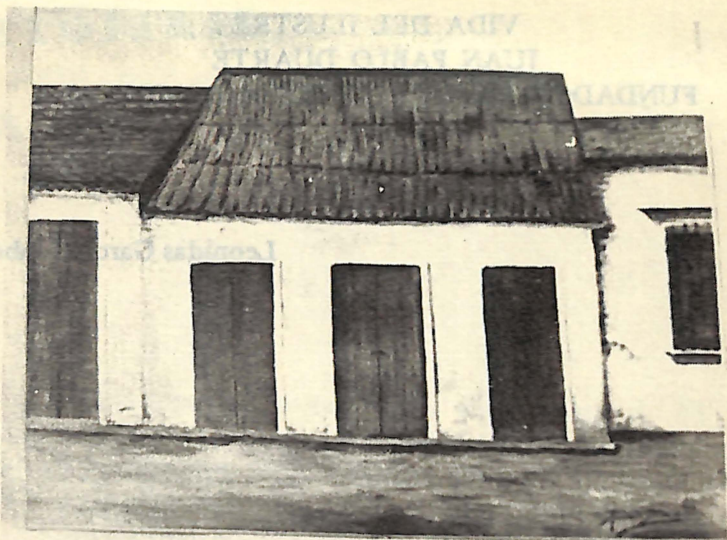
Leonidas García Llubes



[Faded text block, illegible due to low contrast]



[Faded text block, illegible due to low contrast]



Casa en que se fundó la sociedad secreta "La Trinitaria", el 16 de julio de 1838, en la calle del Arquillo.



Casa que ocupa actualmente el sitio donde estuvo "La Casa del Juramento", en la calle del Arquillo, hoy Arzobispo Nouel.



DUARTE vino al mundo en esta histórica ciudad de Santo Domingo el día 26 de enero de 1813. Sus padres se llamaron Don Juan José Duarte y Rodríguez, de nacionalidad española, y Doña Manuela Diez y Jiménez, dominicana, natural de la villa de Santa Cruz del Seibo. La educación que recibió este gran patriota fue esmerada; y para completar la instrucción que pudo adquirir en nuestras rudimentarias escuelas de la época hizo un viaje al extranjero, visitando a los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y España. Permaneció algún tiempo en Barcelona y se dice que allí fue donde planeó el glorioso pensamiento de libertar a su patria; resolución que le había hecho nacer el violento insulto que profirió contra los dominicanos el capitán del buque español en que viajaba, al motejarlos de cobardes y abyectos por no sacudir el degradante yugo de los haitianos. Su heroica decisión la puso de manifiesto inmediatamente después de su regreso, cuando un respetable amigo de la familia, que concurrió a darle la bienvenida, le preguntaba “qué era lo que más le había llamado la atención y agradado en sus viajes”; a lo que contestó con énfasis: “Los fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero demos nosotros un día a nuestra patria”. Refiere su hermana y biógrafa Rosa que esas

palabras fueron acogidas con regocijo por la juventud que le rodeaba, y el mismo Dr. don Manuel María Valverde, que fue quien le hizo tal pregunta, le dijo conmovido: "En tan magna empresa, cuenta con mi cooperación".

Desde entonces comenzó a preparar el ambiente donde debía esparcir los gérmenes de la Revolución. Uno de los medios que le sugirió su gran abnegación patriótica, y, a nuestro juicio, el más eficaz para influir en el alma de las nuevas generaciones, fue el de brindarse a dar clases gratuitamente a todos los jóvenes que lo deseaban; noble rasgo que acabó de conquistarle la simpatía de la generalidad de sus compatriotas, entre los cuales era muy estimado por sus brillantes virtudes y la condición también honorable de su familia.

A los cuatro o más años de estar consagrado a esta benemérita labor, y considerando propicio ya el momento, se lanzó resueltamente en el campo de la conspiración contra el dominador de su país. En tal virtud asoció a sus planes ocho amigos de confianza y fundó con ellos, el 16 de julio de 1838, una Sociedad secreta que llamó LA TRINITARIA, porque abrió sus trabajos, según reza el juramento, EN NOMBRE DE LA SANTISIMA, AUGUSTISIMA E INDIVISIBLE TRINIDAD DE DIOS OMNIPOTENTE, misterio inefable de la fe católica, y constaba además, como dice Serra, de "nueve miembros fundadores que debían formar una base triple de tres miembros cada una", los cuales "estaban obligados a hacer propaganda constantemente y a ganar prosélitos; así es que éstos, sin asistir a juntas, que son siempre imprudentes: sin conocer de la conjuración más que aquel que a ella lo inducía, no podían en caso de delación comprometer más que a uno de los nueve, quedando los otros ocho para continuar los trabajos". El lema que adoptó esta sociedad era asimismo UNO Y TRINO, y es el que luce hoy nuestro escudo nacional: "Dios, Patria y Libertad, República Dominicana"; y sus labores fueron puestas también debajo de la égida de la Cruz de Cristo, que entró a ser parte en el

lábaro o pabellón de la República y en su escudo de armas. La devoción de Duarte por la sagrada insignia redentora, que sin duda alguna le supo inspirar en su tierna infancia su amantísima madre, natural de la villa dominicana que tiene como Patrona a aquella sagrada imagen, la puso igualmente de manifiesto al elegir la fecha en que inició los trabajos revolucionarios: escogió para ese instante supremo el 16 DE JULIO, POR SER EL DIA EN QUE LA IGLESIA CATOLICA CELEBRA EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ, al conmemorar la victoria obtenida por los Reyes Cristianos contra los infieles en la batalla de las Navas de Tolosa.

Los trabajos de esta Sociedad fueron activos y fecundos, al extremo de conquistar en pocos años a casi toda la juventud y a muchos hombres provecos de ideas liberales. Su primera manifestación bélica fue la de haber cooperado, para introducir la división entre los contrarios y adiestrar a los nuestros en el manejo de las armas, al movimiento revolucionario fraguado por el partido liberal haitiano contra el déspota Boyer. Pero tropezaba con la oposición del grupo conservador dominicano, compuesto por varios hombres importantes que no tenían fe en las fuerzas de nuestro pueblo (ni en las suyas tampoco) para llevar a cabo tan arriesgado empeño, y los cuales creían necesario asegurarse primero la protección de un Estado poderoso. Entre estos individuos se contaban varios que fueron buenos servidores del Gobierno de Haití y habían asumido graves responsabilidades en perjuicio de la causa nacional. Los últimos esfuerzos de Juan Pablo Duarte tendieron, pues, al noble propósito de unificar totalmente la opinión de los dominicanos, dando al olvido lo pasado. Empero su magnanimidad sólo sirvió para perderlo; pues denunciado a las autoridades haitianas, fue perseguido de muerte por el Jefe del Gobierno de Occidente, quien atravesó la frontera a la cabeza de un respetable ejército, con el cual se impuso por medio del terror, haciendo innumerables presos que

mandó para los calabozos de Port—au—Prince. Duarte, que desde la aproximación a esta Capital del sátrapa haitiano se vio obligado a ocultarse, tuvo al fin para poder escapar a la tenaz y rabiosa persecución, y librar así a su familia de las infinitas angustias y peligros que la circundaban, que salir clandestinamente hacia el extranjero en compañía de dos de sus compañeros más adictos. Desde Caracas, adonde dirigió sus pasos con el fin de solicitar ayuda del Gobierno de Venezuela, logró ponerse en comunicación con los amigos de la patria esclava y combinar un desembarco por las costas del Este, región de San José de Los Llanos, lugar en donde la causa nacional no tenía opositores; cosa que se frustró también por no haber podido conseguir los recursos que el Presidente Don Carlos Soublette le había prometido en una entrevista que celebró con él, y por haber enfermado repentinamente en Curazao cuando ya se preparaba a regresar al país, a inmolarsé, con los escasísimos elementos que había logrado reunir a sus expensas. Repuesto de su serio quebranto cerebral al cabo de dos meses, la abnegación de nuestro insigne prócer llegó al colmo del desinterés, si no de la desesperación; pues con el fin de allegar los recursos que no había podido adquirir en el extranjero y que urgentemente le pedían los amigos de Santo Domingo, escribió a su familia aconsejándole OFRENDAR EN ARAS DE LA PATRIA LO QUE A COSTA DEL AMOR Y TRABAJO DE NUESTRO PADRE, HEMOS HEREDADO; y agregaba: INDEPENDIZADA LA PATRIA PUEDO HACERME CARGO DEL ALMACEN, Y A MAS HEREDERO DEL ILIMITADO CREDITO DE NUESTRO PADRE Y DE SUS CONOCIMIENTOS EN EL RAMO DE MARINA, NUESTROS NEGOCIOS MEJORARAN Y NO TENDREMOS POR QUE ARREPENTIRNOS DE HABERNOS MOSTRADO DIGNOS HIJOS DE LA PATRIA. Como es lógico presumirlo, tuvo que ser muy grande la emulación que despertó en el partido nacional este sublime rasgo de desprendimiento... Y como ya para entonces la Revolución había hecho una conquista de muchísima

importancia práctica, cual fue la adhesión de Don Tomás Bobadilla, que se encontraba políticamente caído desde el derrocamiento del Presidente Boyer, y quien instruyó al partido de la Independencia, llamado también DUARTISTA, de los planes que la gente conservadora estaba fraguando en secreto con los agentes diplomáticos de Francia en Haití, se resolvió, quizá si por consejo del mismo Bobadilla, que perseguía su encumbramiento personal a expensas de los dos bandos, adelantarse a este TERCER PARTIDO, como se le nombra en una conocida carta dirigida al Caudillo nacionalista, y aprovechar, para un golpe decisivo, el cambio de las fuerzas haitianas de servicio en Santo Domingo por los dos regimientos formados con los hijos del país, cuerpos entre los cuales había muchos jóvenes comprometidos y todos sin duda deseaban la Revolución. Estas tropas llegaron el 30 de enero de 1844 y se señaló el día 27 de Febrero próximo para efectuar el pronunciamiento por la Independencia, el cual tuvo un éxito completo, pues los haitianos, al encontrarse reducidos a los cuarteles de la Fuerza únicamente, y merced a los buenos oficios del Cónsul francés Juchereau de Saint Denis, cuya presencia en esta ciudad se debía a diligencias de los conservadores, se decidieron a capitular entregando la ciudad de Santo Domingo a los conjurados

Triunfante la Revolución, su primer paso fue mandar una comisión a Curazao en busca de Juan Pablo Duarte. El recibimiento que le hizo el pueblo al Mentor y Guía de la Causa Nacional no pudo ser más soberbio, capaz de despertar la ambición de quien no hubiera estado adornado con sus altas virtudes cívicas. Ofreció incontinenti, como un simple ciudadano, sus servicios a la Junta Central Gubernativa, y ésta le dio voto en sus acuerdos. Aunque en obsequio de la verdad debemos decir que en el fondo de esta demostración oficial no podía haber mucha sinceridad pues la corta expatriación de Duarte permitió al bando de los AFRANCESADOS, ya con Bobadilla a la cabeza, participar en la dirección de las cosas, y no sólo estaba en mayoría en el Consejo Gubernativo que de hecho se había dado la

Revolución, sino que puso al frente del ejército a un valiente y prestigioso caudillo de provincia con el que de antemano se entendió para realizar sus proditorias combinaciones sobre protectorado francés. La gestión de Bobadilla fue trastornadora en todo. Profanó el lema UNO Y TRINO de la Revolución anteponiéndole la palabra SEPARACION, que lleva implícita la idea de una espontánea comunidad política entre las dos partes de la isla. El manifiesto del 16 de enero de 1844, esto es, nuestra Acta de Independencia, obra intelectual y política de Don Tomás Bobadilla, está plagado de otras muchas violaciones del CREDO DUARTISTA. El rompimiento entre los dos partidos era, por consiguiente, inevitable. Sin embargo, una circunstancia fortuita vino a dilatarlo. Santana, el caudillo militar del cual hicieron su instrumento los conservadores, después de haber rechazado en Azua el primer ataque serio de los haitianos, retrocedió a Baní por causas hasta ahora ignoradas. Este hecho inexplicable sembró la desconfianza y el pánico más terribles entre los dominicanos, muchos de los cuales corrieron de los pueblos a guarecerse detrás de las murallas de la Capital y otros se embarcaron precipitadamente en ésta para las Antillas vecinas. La Junta, ante la inminencia del peligro que corría la naciente República, y sabedora de la entereza y popularidad del Caudillo de la Revolución, llamó a Duarte y lo puso a la cabeza de un cuerpo de ejército para que fuera a cooperar con el desacreditado general Santana a la defensa de la patria. Aquel genuino patriota no vaciló en aceptar el honroso encargo y se puso en marcha sin pérdida de tiempo para el campamento de Baní, de donde siguió hasta el punto avanzado de Sabana Buey. Esta providencia que la Junta creyó salvadora, fue contraproducente. Santana, receloso por naturaleza y hombre de ideas cortas y temperamento irascible, se negó terminantemente a colaborar con Duarte en la ofensiva que le propuso tomar contra el enemigo, el cual estaba estacionado en Azua en espera de refuerzos para emprender de nuevo su marcha hacia la

Capital. El contrariado patriota se dirigió entonces a la Junta Gubernativa en solicitud del permiso necesario para operar por sí solo. Pero la Junta, a quien preocupaban más sus espurios planes políticos que la suerte del país, resolvió no conceder el permiso solicitado y ordenar el inmediato regreso del General Duarte a la Capital... La fortuna, sin embargo, salvó a la República. Los enemigos del dictador haitiano Charles Herard, que estaba al frente de las tropas invasoras, se levantaron en armas en Cabo Haitiano; y aquél, al ver seriamente amenazada su permanencia en el poder, abandonó aceleradamente el territorio ocupado reduciendo a cenizas todos los pueblos del tránsito.

Con el restablecimiento de la paz el Partido conservador se entregó de lleno a la consecución de su proyecto sobre protectorado francés, ya adoptado oficialmente por la resolución del 8 de marzo, que firmó también Sánchez. El apóstol Duarte, y los que de él recibían las geniales sugerencias de su máximo patriotismo, al ver en peligro de fracasar la obra a que habían consagrado los más fuertes impulsos de su ardiente juventud, acordaron oponerse por todos los medios posibles al triunfo de semejantes ideas antinacionales. Para el efecto promovieron una protesta que fue apoyada con vigor por las tropas que guarnecían la Capital, lo que obligó a los miembros desleales de la Junta Gubernativa a huir y refugiarse en el propio Consulado francés... Con este motivo se nombra en su reemplazo a individuos del partido liberal. Duarte fue enviado en comisión de paz y organización al Cibao, y al general Santana, que había pedido licencia para ir a descansar en su casa, se le ordena la entrega de las tropas que mandaba, al general Esteban Roca. Pero lejos de hacerlo así, este insipiente militar, mal aconsejado por sus mentores, provocó entre las tropas una airada protesta contra esa disposición e hizo levantar acta que firmaron todos los jefes y oficiales autorizándole a permanecer al frente del Ejército, con el que marchó inmediatamente hacia la Capital. En vista de este alarmante suceso, la Junta hizo

inauditos esfuerzos para disuadirle de sus siniestros designios; pero como todo fue inútil, tuvo en mientes negarle la entrada y oponer la fuerza a la fuerza. Mas hizo abortar este propósito el hecho de haberle negado a última hora su apoyo el Comandante de Armas, General José Joaquín Puello, quien se había disgustado con Sánchez en el motín del 8 de junio, viéndose la Junta en el trance de tener que franquearle la entrada en la Capital. Santana, tan pronto como estuvo en posesión de esta ciudad, declaró disuelta la Junta Gubernativa y se proclamó DICTADOR en virtud de los poderes que dizque le concedieron el pueblo y el ejército para salvar al país de la anarquía; poderes que so pretexto de que el General Mella, dejándose arrebatarse de su radicalismo, había proclamado en el Cibao Presidente provisional de la República a Juan Pablo Duarte, empleó en perseguir a los primeros autores de la Independencia Nacional, a los que declaró TRAIADORES A LA PATRIA y los condenó a DESTIERRO PERPETUO. Duarte, a pesar de la injusta persecución de que fue víctima, no quiso alcanzar la triste gloria de ser el instaurador de la guerra civil en su país; y hasta prefirió renunciar a la esperanza de volver a él, que le debía su libertad, aun con los miembros de su propia familia, que también fue criminalmente expatriada, y la cual llegó a tenerle por muerto durante más de tres lustros. Doce años estuvo errante en el interior de Venezuela recorriendo la parte oriental y la occidental de ese país, hasta que al fin se avecindó en el Apure. Allí escribió las relaciones de sus viajes, exornadas de oportunas observaciones sobre las costumbres de los pueblos que visitó, trabajo que por desgracia se ha perdido.

Empero, el partido de los conservadores no supo o no quiso organizar la Patria de que había venido a ser detentador, y ni aun se sintió con vocación para seguir sosteniéndola contra las repetidas agresiones de los haitianos. Habiendo fracasado en sus gestiones con Francia, pensó en la Madre Patria. A fuerza de intrigas y engaños logró que los políticos peninsulares oyesen sus artificiosas

demostraciones de acendrado españolismo y se prestaran a entrar en las francas negociaciones que condujeron sin grandes tropiezos a la total anexión de la República Dominicana a España, ignominioso hecho que se consumó el día 18 de marzo de 1861. El pueblo dominicano, que había sido traicionado por sus gobernantes, no pudo resignarse a volver a ser esclavo, y después de algunas infructuosas tentativas, comenzó el 16 de agosto de 1863 la gloriosa guerra que determinó, al cabo de dos años, el abandono de nuestro territorio por las tropas españolas. Duarte, quien tuvo conocimiento de la venta de la Patria en abril de 1862 por una carta que recibió de su familia, de la que no tenía noticias desde el año 1845, y a la que suponía viviendo ya de nuevo en su país, se trasladó inmediatamente a Caracas, donde su hermano Vicente Celestino le informó de todo lo ocurrido hasta entonces. Allí hubo quien le propusiese que se presentara el Cónsul Español a ofrecer sus servicios a la Reina de España; pero él rechazó ese innoble consejo, pues, según su propia confesión, *estaba Dispuesto a Coadyuvar Con Todos Sus Esfuerzos a la Redención de la Patria*. También le ofreció su ilustrado amigo el Dr. Elías Acosta, ministro de lo Interior del gobierno de Venezuela, un destino en la Administración pública de dicha nación, el cual no aceptó porque para poder ejercerlo tenía que reconocer por patria el país a que servía. A este respecto dice él mismo: "El ilustrado Dr. Elías Acosta, liberal por principios, participaba de mis ideas y sentimientos respecto de la independencia de mi patria, por lo que me ofreció protegerme en todo lo que estuviera a su alcance. Al renunciar él el ministerio, perdí la esperanza de por ese medio ser útil a mi patria". No obstante este contratiempo Duarte perseveró en sus loables diligencias, como lo demuestra el siguiente apunte de su diario: "Recibo una visita del Sr. Dr. Blas Bruzual y me ofrece presentarme al Gran Mariscal J. C. Falcón. Correspondo la visita al Sr. Bruzual, el que me presenta al Gran Mariscal y concibo las más halagüeñas esperanzas en favor de la causa de mi patria:

no obstante permanezco en la expectativa devorado de impaciencia porque las circunstancias no permiten más”— “Recibe el Gl. Duarte una carta del Sr. Blas Bruzual en que le anuncia que el Gran Mariscal Falcón le esperaba a las once de la mañana y que había dispuesto entregarle mil pesos. En consecuencia pasó el Gl. Duarte a casa del ciudadano Presidente Falcón, el que le presentó al Vice—Presidente Gl. Antonio Guzmán Blanco, al que le ordenó entregar al Gl. Duarte los mil pesos ofrecidos. El ciudadano Vice—Presidente citó al Gl. Duarte para el día siguiente en la casa de Gobierno. El 17 de presentó el Gl. Duarte en la Secretaría de Relaciones Exteriores en donde fue recibido por el Gral. Vice—Presidente con la más alta consideración, quedando convenido en que le entregaría la suma consabida al coronel Manuel Rodríguez Objío, comisionado para recibirla por el Gl. Duarte, ofreciéndole el Vice—Presidente otros auxilios”.

Cuando esto último se efectuaba ya la gran Revolución restauradora se había desatado en los heroicos campos de la Línea N. O. e invadido, como una fuerte riada, todo el territorio nacional. La oportuna ayuda del ilustre Gran Mariscal Falcón, y algunos recursos de su peculio personal, le sirvieron al general Duarte para organizar una pequeña expedición compuesta del Comandante Candelario Oquendo, venezolano, de su respetable tío Don Mariano Diez, de su hermano Vicente Celestino, uno de los primeros próceres de la Independencia Nacional, todavía olvidado, y del poeta Manuel Rodríguez Objío, al que nombró Duarte, Coronel, y quien en sus Relaciones sobre la Restauración, al referirse a este suceso, escribe lo siguiente: “Al saltar a tierra en Monte Cristi los nuevos cruzados fuimos saludados con gran aplauso; y después de nuestro arribo la revolución se sintió como alentada; era el primer refuerzo material y moral que recibía del extranjero”. La travesía no estuvo exenta de peligros, pues según dice este mismo patriota, el buque que los conducía fue perseguido en la costa norte de Santo Domingo por el vapor español AFRICA durante seis horas,

por lo que hubo de hacerse rumbo a las Islas Turcas, de donde salieron después en otro buque para el Guarico y de allí, por las aguas territoriales de Haití, hacia Monte Cristi. La carta por medio de la cual anunció Duarte su llegada al país, es digna de la atención de la Historia. Héla aquí: "Guayubín, Marzo 28 de 1864. —Señores Individuos del Gobierno Provisorio de Santiago.— Arrojado de mi suelo natal por ese bando parricida que empezando por proscribir a perpetuidad a los fundadores de la República ha concluido con vender al extranjero la patria cuya independendencia jurara defender a todo trance, he arrojado durante veinte años la vida nómada del proscrito, sin que la Providencia tuviese a bien realizar la esperanza que siempre se albergó en mi alma de volver un día al seno de mis conciudadanos a consagrar a la defensa de sus derechos políticos cuanto aún me restase de fuerza y vida. Pero sonó la hora de la gran traición en que el Iscariote creyó consumada su obra, y sonó también para mí la hora de la vuelta a la Patria. El Señor allanó mis caminos, y a pesar de cuantas dificultades y riesgos se presentaron a mi marcha, héme al fin con cuatro compañeros más en este heroico pueblo de Guayubín dispuesto a correr con vosotros del modo que lo tengáis a bien, todos los azares y vicisitudes que Dios tenga aún reservados a la grande obra de la Restauración Dominicana, que con tanto denuedo como honra y gloria habéis emprendido. —Creyendo no sin fundamento que el Gobierno Provisorio no dejará de apreciar luego que me comunique con él personalmente lo que he podido hacer en obsequio del triunfo de nuestra justa causa, dígnese aceptar los sentimientos de alta consideración y aprecio con que se pone a sus órdenes, el General Juan Pablo Duarte".

Como era de suponer, el Gobierno se apresuró a llamarle, por órgano del ministro Espaillat, quien le escribió una carta noble y generosa; y le recibió con toda cortesía y distinción; pero, influido talvez por las calumnias con que se propusieron desvirtuar el ruidoso hecho la prensa local y la de La Habana, atribuyéndole móviles indignos de un patriota

tan íntegro como Duarte, solamente utilizó sus servicios en el desempeño de una misión diplomática en Venezuela, lo que hirió profundamente su orgullo patriótico. Misión que al principio rechazó adolorido, pero que después de pensarlo creyó prudente aceptar, manifestando "que si había vuelto a su patria después de tantos años de ausencia, había sido a servirla con alma, vida y corazón, siendo cual siempre fue motivo de amor entre todos los verdaderos dominicanos, y jamás piedra de escándalo, ni manzana de la discordia". Como el término de su encargo, en cuyo cumplimiento desplegó todo el celo y patriotismo que le eran peculiares, coincidió con el abandono que hicieron los españoles de este país, él optó por quedarse en Caracas ajeno de las luchas intestinas que volvieron a desunir a los dominicanos. En esa hospitalaria ciudad permaneció hasta su muerte, ocurrida al amanecer del 16 de Julio de 1876, trigésimo octavo aniversario de la fundación de la Sociedad patriótica LA TRINITARIA, inventada por él en su primera juventud para luchar por nuestra Independencia y Libertad, altísimos ideales a los cuales consagró por entero todos los pensamientos y acciones de su vida inmaculada.